



Modernidades de Provincia

Estado y arquitectura
en la ciudad de Santa Fe
1935~1943

LUIS MÜLLER

UNIVERSIDAD NACIONAL
DEL LITORAL



Librería García Camborio

LUIS MÜLLER

Arquitecto (UCSF). Magíster en Ciencias Sociales (UNL). Profesor Titular de Historia. Investigador de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo (UNL). Director de INTHUAR (Instituto de Teoría e Historia Urbano Arquitectónica) y de la Maestría en Arquitectura. Es autor, entre otros, de *La ciudad en blanco y negro. Memoria fotográfica de Santa Fe en el proceso de modernización urbana; Wladimiro Acosta. Del City block a la pampa. Plan de salud de la Provincia de Santa Fe, 1938-1942* (con Noemí Adagio); *Arquitectura moderna en Santa Fe, 1935-1955. Ciudad, modernización y sociedad en la práctica arquitectónica santafesina* (comp.); *El Puente Colgante de Santa Fe. Historia, materia y símbolo* (con Adriana Collado).

- 7 / ABREVIATURAS UTILIZADAS
- 9 / PREFACIO

- 13 / **INTRODUCCIÓN**
- 13 / Estado de la cuestión y reconocimiento del campo historiográfico
- 26 / Ciudad y arquitectura en la producción de lo simbólico

- 31 / **CAPÍTULO 1. DESTELLOS Y CONTRASTES:**
 - PROCESOS DE MODERNIZACIÓN EN LA CAPITAL DE LA PROVINCIA**
 - 31 / Breve noticia sobre la arquitectura en Santa Fe en las primeras décadas del siglo XX
 - 33 / La emergencia de la arquitectura moderna en la ciudad.
Alcances e interrogantes
 - 37 / Opacidad y reflejos. Dos caras de la modernización en el paisaje cultural

- 53 / **CAPÍTULO 2. RELACIONES DE OCACIÓN: ESTADO Y ARQUITECTURA MODERNA**
- 53 / Las condiciones políticas en Santa Fe a principios de la década de 1930
- 57 / La gobernación de Luciano Molinas
- 64 / La ciudad y la arquitectura pública en la gobernación de Molinas.
Intendencia de Agustín Zapata Gollán
- 67 / La obra pública del gobierno provincial
- 75 / El ciclo conservador y el gobierno de Manuel M. de Iriondo
- 79 / Construyendo legitimidad
- 96 / Intendencia de Francisco Bobbio
- 103 / Un episodio singular: la presencia de Wladimiro Acosta
- 106 / El Instituto de Fomento Agrícola, un "caso testigo"
- 118 / Claves de representación: la arquitectura del Estado y el estado de la arquitectura

125 / CAPÍTULO 3. ENTRE LA NOVEDAD Y LA TRADICIÓN:

EL CAMPO PROFESIONAL EN SUS ENCRUCIJADAS

128 / La Escuela de Arquitectura de la UNL

133 / Preguntas (y respuestas) sobre la arquitectura moderna en sede académica

144 / La Escuela Industrial de la UNL y la formación de los Técnicos Constructores

150 / La circulación de las ideas y la organización institucional

155 / La arquitectura privada

166 / Producción y concentración, el mapa de la modernización urbana

171 / CONSIDERACIONES A MODO DE CONCLUSIÓN

171 / Una modernidad figurada

179 / ANEXO IMÁGENES

229 / ANEXO CUADROS Y MAPAS

241 / BIBLIOGRAFÍA

PREFACIO

LA MODERNIDAD Y SUS SUPUESTOS

Adrián Gorelik

¿Cómo se produce la modernidad en provincia? Si las relaciones metrópoli-provincia han sido históricamente complejas, atravesadas por conflictos y malentendidos, la modernidad, por sus propios supuestos espacio-temporales, lleva esa complejidad al paroxismo. Ya que la conciencia temporal de la modernidad supone una vía de mano única de avance de la humanidad y su conciencia espacial, un universo homogéneo que funciona con leyes invariables. De modo que la confrontación de estos supuestos con la realidad socio-espacial no puede sino dar como resultado un diseño del mundo con una geometría polar, con algunos centros que marcan el tiempo y un resto compuesto por periferias de distintos grados, más o menos atrasadas respecto de ellas. De esa relación asimétrica surge una serie de pares dicotómicos ya asentados como tópicos culturales: el más habitual, el que opone cosmopolitismo y tradicionalismo, presentando a la metrópoli como fuente de innovación y originalidad frente a la "idiotéz" provinciana, lugar de resistencia conservadora y demorada imitación. Aunque ya estamos también habituados a la valoración contraria —producida por lo general en la propia metrópoli—: la que presenta a la provincia como reservorio de autenticidad y moral comunitaria, frente a la babel metropolitana vacua y corrompida, en la que lo nuevo no es más que la máscara superficial de las convenciones sociales y la moda.

En la historia cultural argentina hay infinitos ejemplos del modo en que se cumplen esos roles, en los que Buenos Aires, indudablemente provinciana frente a París, Londres, Berlín o Nueva York —de acuerdo a las épocas y a las cuestiones de que se trate—, se erige como indiscutible metrópoli en el plano nacional y —por lo menos hasta los años sesenta— regional. Sabemos bastante de los efectos ambientales de ese rol de "trasbordo metropolitano" que ha jugado la cultura porteña, porque hay muchos análisis tanto de los momentos de confianza exaltada en que la ciudad se percibe como puerta de las corrientes civilizadoras, como de los momentos de humillado descubrimiento de su lugar subalterno y de su irrefrenable tendencia a la copia de los sucesivos estilos de las metrópolis de referencia; y también porque es muy conocido el largo inventario crítico sobre esos roles en la cultura nacional, desde los formulados a partir de la imagen de los "dos países", típica en el

ensayismo de los años treinta y cuarenta, hasta los que provinieron de la figura del "colonialismo interno", característica de las teorías de la dependencia en los años sesenta y setenta. Pero, en cambio, sabemos muy poco todavía de cómo fueron procesadas culturalmente en provincia las oleadas modernizadoras, qué conflictos específicos existieron con los modelos emanados desde Buenos Aires, qué líneas de contacto fueron más productivas, qué núcleos de productividad lograron zafar de la pinza de hierro en la que suelen quedar atrapadas las fuerzas creadoras en provincia, entre la aceptación sumisa de una proyección modernista degradada y la rebelión tradicionalista.

Este es el principal aporte del estudio de Luis Müller sobre la arquitectura moderna en Santa Fe: proponer un punto de vista distanciado de la dinámica metrópoli-provincia (quiero decir, un punto de vista que escapa también de la doble tentación de la celebración o la denuncia) para poner bajo la lupa una experiencia de modernización en un ámbito doblemente provinciano, si se quiere, ya que en el sistema de las jerarquías centro-periferia a escala nacional, Rosario jugaba ya en los años treinta un rol metropolitano frente a Santa Fe (como se percibe con claridad en el hecho mismo de que la formación de los arquitectos de la provincia no se hacía en su capital, sino en su ciudad más moderna).

Con el apoyo de los avances de un programa de investigación colectivo que el propio Müller ha venido orientando en la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional del Litoral en los últimos años, y a través del seguimiento atento de la renovación historiográfica que ha iluminado las peculiaridades políticas de la década de 1930 en Santa Fe, el centro del trabajo está colocado en la producción de arquitectura pública —escuelas y hospitales, principalmente— durante las gobernaciones de Luciano Molinas y Manuel de Iriondo, una experiencia de gran intensidad estética protagonizada por un núcleo de jóvenes arquitectos entre los que se destacan Carlos Navratil y Salvador Bertuzzi. Y desde allí el trabajo se asoma a cierto efecto de generalización privada del imaginario moderno que comienza a cambiar algunos barrios de la ciudad de Santa Fe, con la hipótesis de que aquel acento público en las representaciones de la innovación arquitectónica encontró rápido eco en una nueva burguesía que, a través de sus residencias modernistas, apelaba a un *ethos* progresista y cosmopolita que le permitiera diferenciarse tanto del comarcalismo de sus progenitores inmigrantes, como del tradicionalismo de la aristocracia local.

Lo cierto es que aquel distanciamiento analítico le permite a Müller asumir, desde el vamos, que la condición para comprender una modernidad de provincia es poner en cuestión la naturalidad de las series en las que la idea de modernidad

—más específicamente, de “arquitectura moderna”— suele venir inscrita. La primera de esas series, la más obvia, es la que muestra a la arquitectura moderna como epifenómeno de la transformación estructural de la sociedad y la economía; aquí, en cambio, confirmamos una vez más que las ideas y las formas suelen viajar mucho más rápido que los procesos que —en algunos casos— las inspiran, procesos que no van a llegar a concretarse en una ciudad de provincia como Santa Fe —pero tampoco plenamente en Buenos Aires, por cierto—. Es decir, confirmamos una vez más la autonomía relativa de la forma arquitectónica y de la arquitectura como disciplina, con sus medios de formación y de transmisión de tradiciones, sus publicaciones, sus sistemas de legitimación, etc., etc., que funcionan con lógicas imposibles de derivar causalmente de otras zonas de la vida social o cultural.

La segunda serie que se rompe es la que le atribuye a la representación arquitectónica moderna una expresión ideológica determinada: progresista, internacionalista, radical. Hace mucho que los estudios sobre la arquitectura fascista quebraron ese nexo clásico entre arquitectura moderna y democracia social (y, en la otra cara de la medalla, entre arquitectura neoclásica y totalitarismo) cultivado por la publicística del “Movimiento Moderno”. Y la experiencia santafesina que nos muestra *Modernidades de provincia*, en la que el gobierno conservador de De Iriondo aplica sin solución de continuidad los mismos programas arquitectónicos de notable radicalismo que había lanzado el (por otra parte execrado) gobierno reformista de Molinas para sus planes de obras públicas, resulta una confirmación excelente, no de que la arquitectura no tiene ideología, sino de que los modos en que la vehicula deben ser siempre estudiados específicamente. En este caso, lo que logramos apreciar es tanto la versatilidad del modernismo, como la enorme extensión en la década de 1930 en la Argentina —y podríamos generalizar sin riesgo: en casi toda América Latina— de una cadena de valores político-sociales que potencia la obra pública con la imagen del progreso y que, por lo tanto, le da al Estado un lugar fundamental en el desarrollo de la arquitectura moderna.

Por fin, la tercera serie que el trabajo cuestiona es la que presupone una modernización continua de las diversas dimensiones de una cultura (o, al menos, una relación de necesidad entre ellas). Seguramente ésta constituye la observación más rica y específica para profundizar en el conocimiento de la modernidad santafesina (profundización que implicaría, en primer lugar, no utilizar un mismo criterio de “innovación” para juzgar el avance en las diferentes expresiones artísticas): aparentemente no hay indicios de que, durante la larga década de 1930, en otras dimensiones de la cultura de la ciudad se hayan llevado adelante experiencias de la radicalidad estética que es posible verificar en algunas obras de arquitectura y,

especialmente, se haya generalizado un gusto medio proclive a la experimentación como el que se constata en las zonas de la ciudad en las que esa nueva burguesía, que en las otras artes parece tener hábitos de consumo bastante convencionales, se hace construir sus casas modernas.

A partir de esta triple descompaginación de las series habituales en las que se integra al modernismo arquitectónico, Müller ensaya una serie de adjetivaciones que, siendo muy acertadas, todavía no satisfacen las incógnitas que el mismo trabajo abre: “modernidad retaceada”, “modernización episódica e incompleta”, leemos, entre otras. El problema es que en el sistema de relaciones metrópoli–provincia, cualquier alejamiento de la metrópoli implica un rebajamiento de los sustantivos que vuelve relativos (demasiado relativos, y por lo tanto parcialmente intercambiables) a todos los adjetivos. Quiero decir, “modernidad retaceada” o “modernización episódica e incompleta”, ¿no son buenas denominaciones para los procesos que ocurren en ese mismo momento en Buenos Aires (por no hablar de Rosario), si tomamos como referente a la modernidad *comme il faut* de las metrópolis centrales? Pero lo que este tipo de estudios debería favorecer, ¿no es acaso la puesta en cuestión del propio significado de una “modernidad *comme il faut*”? Porque justamente la lógica de las relaciones metrópoli–provincia no es la de un sistema de postas, y la modernidad no es la buena nueva que va ocupando progresivamente sus posiciones, desde el centro a la periferia, en el tablero mundial. El caso de la arquitectura moderna de Santa Fe, presentado de modo sobrio e inteligente por Luis Müller, permite volver a entender cuánto debemos todavía revisar nuestros supuestos sobre la modernidad *tout court*.

¿Cómo se produce la modernidad en provincia? Si las relaciones metrópoli-provincia han sido históricamente complejas, atravesadas de conflictos y malentendidos, la modernidad, por sus propios supuestos espaciotemporales, lleva esa complejidad al paroxismo.

El principal aporte del estudio de Luis Müller sobre la arquitectura moderna en Santa Fe consiste en proponer un punto de vista distanciado de la dinámica metrópoli-provincia (un punto de vista que escapa también de la doble tentación de la celebración o la denuncia).

Aquel distanciamiento analítico le permite a Müller asumir que la condición para comprender una modernidad de provincia es poner en cuestión la naturalidad de las series en las que la idea de modernidad —más específicamente de “arquitectura moderna”— suele venir inscrita.

La segunda serie que se rompe es la que le atribuye a la representación arquitectónica moderna una expresión ideológica determinada: progresista, internacionalista, radical.

Por fin, la tercera serie que el trabajo cuestiona es la que presupone una modernización continua de las diversas dimensiones de una cultura o, al menos, una relación de necesidad entre ellas.

Fragmentos del Prefacio de Adrián Gorelik